

## **La misericordia de Dios**

### **Una meditación inagotable**

El Curso para los Superiores de este año jubilar tiene como tema la misericordia de Dios, a la luz del último instrumento de las buenas obras del capítulo 4 de la Regla de san Benito: “No desesperar nunca de la misericordia de Dios” (RB 4,74).

La misericordia de Dios es un tema que no agotaremos jamás, porque la misericordia de Dios es infinita y eterna. Pasaremos la eternidad contemplando la misericordia de Dios, dándole gracias a Dios por ella, porque Dios nos ha creado solo por misericordia, y solo por misericordia nos ha creado para la eternidad, para estar eternamente con Él, en Él. Dios es amor, Dios es caridad. Pero para nosotros, criaturas personales, la experiencia de la caridad de Dios, es decir, de lo que Dios es en sí mismo, es una experiencia de la misericordia, es decir, experiencia del hecho de que Dios ama a los miserables, a los pecadores, ama a quien no es digno de su amor, ama a quien no Le ama. Ni siquiera en el Paraíso podremos contemplar y glorificar el amor de Dios más que como misericordia. La misericordia es el amor de Dios contemplado con nuestros ojos, con nuestros corazones, es decir, si se puede decir de esta manera, desde nuestro punto de vista. Porque también en el Cielo seremos nosotros mismos; estaremos en Dios, aunque diferentes de Él, en una relación personal con Él. Como lo expresa el libro de Job: “Después de que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios. Yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán” (Job 19,26-27).

Por esto, creo que debemos comenzar el trabajo de estos días desde una posición contemplativa, mirando a Dios, contemplando su misericordia. No debemos tanto entender qué es la misericordia de Dios, razonar sobre ella, sino que queremos mirarla, contemplarla, y entonces la comprenderemos o, mejor, la permitiremos revelarse, mostrarse y veremos que es una “luz que ilumina los ojos” (cf. Sal 19,9), que nos concede ver mejor, entender mejor la realidad que vivimos, y la realidad que debemos desear, pedir.

La misericordia de Dios es una luz que ilumina todo, toda la realidad, completamente toda, en el bien y en el mal. Por ejemplo, nosotros no entendemos cómo el mal, el sufrimiento de los inocentes, pueda conciliarse con un Dios que es amor. Sin embargo, es como si la misericordia fuese una luz que ilumina incluso las sombras, incluso las tinieblas. Pero la misericordia de Dios ilumina la realidad si permanece encendida. Con frecuencia, buscamos la luz en la meditación, en la palabra de Dios, en la oración. Pero lo hacemos como cuando recargamos la batería de una pila. Una vez recargada, desenchufamos el cable y la pila da luz por sí misma. Pretendemos que la luz que recibimos de Dios se convierta en nuestra luz, se convierta en capacidad de iluminar la

realidad por nosotros mismos. Y así volvemos a caer siempre de nuevo en la oscuridad, y nos lamentamos con Dios de no darnos luz suficiente.

Sin embargo, Dios es la luz de una presencia. Su Palabra es luz en el acto de hablarnos, desde que la escuchamos desde Él. Y su misericordia es la luz de su amor que ilumina ahora la realidad, y que debemos mirar ahora como luz de Dios sobre la realidad que vivimos. La luz de Dios sobre toda la realidad es su mirada que ama y aprecia a cada criatura, incluso y sobre todo a la más miserable.

Por lo que la cuestión no es poseer la luz, sino mirar a Dios, permanecer con los ojos fijos en él, contemplar ahora y en cada instante su misericordia eterna. En Cristo, Dios se ha hecho visible (cf. Jn 1,18) para que podamos mirarlo, y es mirando a Jesús como tenemos la luz de la misericordia para comprender la realidad, sea la que sea, y tener con todos y con todo una relación justa, verdadera, como Dios quiere.

### **Contemplar para mostrar**

El método de la revelación de Jesús con respecto a la misericordia de Dios no es nunca un discurso conceptual, sino la transmisión de una imagen, de una escena a mirar. El Evangelio, incluidas las partes a las que se define como “sermones”, como el “sermón de la montaña” en el Evangelio de Mateo, es prácticamente siempre parabólico, es siempre transmisión de una imagen a mirar y de la que deducir también la teoría, la teología, la moral, la ley. Para explicar la Providencia del Padre, Jesús dice: “Mirad los pájaros del cielo... Observad los lirios del campo...” (Mt 6,26.28).

Y desde lo que se ve del modo de actuar y de ser de Dios, Jesús nos enseña a comprender cómo podemos y debemos vivir, de modo que también nuestra vida pueda transmitir una imagen de Dios, una posibilidad de ver a Dios y, por lo tanto, una posibilidad de aceptar el ser imagen de Dios en acto. El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, y la santidad consiste en reflejar en nosotros lo que Dios es, en transmitir a los demás la imagen de Dios que cada hombre debe llevar a cabo hasta la perfección. Y la perfección es la misericordia: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48). “Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36).

Como decía, Jesús habla en imágenes. Encarnándose, Él mismo es la Palabra, el Verbo, hecho Imagen, hecho Icono. Es como en el arte teatral, donde un texto, una palabra, se convierte en imagen, se representa. Esto no corta la palabra, sino que la palabra se transmite a través de la imagen, de la escena. Es interesante leer así atentamente el capítulo 15 de san Lucas, el de las tres parábolas de la misericordia: la oveja perdida, la moneda perdida, el hijo pródigo. Pero es necesario leer atentamente también la introducción de estas tres parábolas, el contexto en el que son pronunciadas y la razón por la que Jesús las ha expresado: «Se acercaron a él los publicanos y los pecadores para escucharlo. Los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: “Este acoge a los pecadores y come con ellos”. Él les dijo esta parábola: “Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una...”» (Lc 15,1-4)

Fijémonos que todo parte de una imagen real, de una escena real: Jesús rodeado de pecadores y hablando con ellos. No se nos dice qué les comenta Jesús, sino que se nos transmite la imagen de Él hablando y de los pecadores que le rodean y le escuchan atentamente. Y los fariseos nos ayudan a describir la imagen que se ve: “Este acoge a los pecadores y come con ellos”. Esto quiere decir que todos veían al Verbo de Dios en relación con los publicanos y los pecadores, en relación de transmisión de Sí mismo, porque aquí el Verbo habla y es escuchado, y en relación de comunión, de amistad, de acogida, hasta compartir la convivencia de la comida, de la mesa y de la casa.

Todo esto es una imagen, un icono, una escena para ver, para escuchar. “La vida se ha manifestado, – escribe san Juan en su primera carta – nosotros la hemos visto y damos testimonio” (1 Jn 1,2).

Los fariseos y los escribas contestan a esta imagen, la encuentran fea e inconveniente. Son como los críticos de una obra de arte, de una película, que emiten un juicio negativo y con eso quieren descalificar la belleza y verdad de la imagen, de la escena, y, por lo tanto, quieren que se interrumpa su transmisión. Todas las obras de Vivaldi han sido olvidadas durante casi dos siglos, es decir, han cesado de ser transmitidas, de reproducirse visiblemente, acústicamente, hasta que han sido redescubiertas en un archivo. Una obra de arte, si no se transmite, no vive. Puede resucitar, pero mientras no es transmitida no vive.

Los escribas y los fariseos, de los tiempos de Jesús y de todos los tiempos, han hecho de todo para interrumpir la transmisión de la imagen viva de Cristo o, sencillamente, la han perturbado, difuminado, distorsionado, como hacen los regímenes totalitarios con las imágenes televisivas de los países libres. Transmisión quiere decir tradición. La tradición es la imagen de Cristo que se transmite de un modo vivo, y la Iglesia tiene esta tarea esencial de transmitir y cada vez más la imagen viva de Jesús que revela el Padre. Por esto, la Iglesia es fiel cuando es fiel al Evangelio, es decir, a la imagen originaria de Jesús que se reproduce siempre como en el primer anuncio.

Subrayo esto porque cuando nos cuestionamos sobre la misericordia vivida por nosotros y en nuestras comunidades, es importante que seamos conscientes que lo que está en juego es precisamente el transmitir la imagen viva de Cristo, de Cristo tal y como aparece en el Evangelio y la Iglesia lo anuncia. El Evangelio no debe quedar algunos siglos en los archivos, sino que debe ser transmitido siempre de un modo vivo, y esta es responsabilidad nuestra, como bautizados, religiosos, superiores. Los períodos de mayor crisis en la Iglesia son aquellos en los que el Evangelio ha sido “archivado”.

Por lo tanto, aquí Jesús es mirado en el acto de acogida de los pecadores y de comer con ellos. Es ya un icono de la misericordia de Dios, pero los escribas y los fariseos no lo reconocen como tal. Para ellos, Dios, si es Dios, no está con los pecadores. Para ellos, Dios está solamente con los puros, los perfectos, los observantes.

¿Cómo responde Jesús a este rechazo de ver la misericordia de Dios en Él? Continúa mostrando, muestra aún más, aumenta la transmisión de la propia imagen, saca a la luz, enfoca aún más lo que su persona y su palabra están mostrando. No se justifica, sino

que se muestra más. Por esto, no pronuncia un discurso, sino que cuenta historias, escenas para ver, para imaginar.

Por lo tanto, si como superiores de una comunidad nos cuestionamos sobre la misericordia de Dios, no debemos tanto preocuparnos por entender, sino por mirar lo que Jesús nos muestra para transmitirnos su propia imagen del Padre, la imagen del Padre que es Él cuando acoge a los publicanos y a los pecadores.

Y visto que hemos sido llamados a ser pastores, concentrémonos sobre la primera de las tres parábolas de la misericordia, la de la oveja perdida, en Lucas 15,4-7.

### **Modelos de vida, no legisladores**

Sin embargo, para activar en nosotros la atención apropiada con la que debemos meditarla, os leo un apotegma del Abba Poimén que me parece muy actual, en todas las culturas en las que estamos llamados a ser pastores:

«Un hermano pregunta al padre Poimén: “Algunos hermanos viven conmigo; ¿quieres que les dé órdenes?”. No, le dice el anciano, lo primero de todo, haz tú tu trabajo; y si quieren vivir, pensarán en sí mismos”. El hermano le dice: “Pero son ellos, padre, los que quieren que les dé órdenes”. Le dice el anciano: “¡No! Conviértete para ellos en un modelo, no en un legislador”» (Serie alfabética, Poimén 174 [Guy 188]).

Este apotegma me parece muy importante también para la manera como debemos vivir estos días. Cuando me enteré que uno de los conferenciantes previstos no podía venir, me he desanimado un poco, porque he pensado que el programa se empobrecía y que corríamos el riesgo de desilusionar vuestras expectativas. Pero después me he dado cuenta que esta es, sin embargo, una oportunidad para trabajar más nosotros, para buscar más nosotros y entre nosotros, para ayudarnos más los unos a los otros, como deberíamos hacer siempre si la Orden es verdaderamente una gran familia de hermanos y hermanas. No tenemos necesidad de lecciones para ser buenos legisladores, para dar buenas leyes, buenas órdenes, a nuestras comunidades o para conocer mejor el método de gobierno, o tener el mejor programa para conducir el rebaño. Estamos aquí para mirar juntos a Cristo que nos revela la misericordia de Dios en la figura del Buen Pastor, para que mirándole a Él, tomándole a Él como modelo de vida, podamos vivir el mismo don de la vida como Él, en Él, y así ser para nuestros hermanos y hermanas modelos de vida, imágenes del amor de Cristo para ellos, que les ayude a su vez a transmitir a los demás la imagen viva de Cristo. Y todo esto para Jesús, como para san Benito, se concentra en la misericordia, en el transmitir la misericordia del Padre, en el acoger para nosotros y transmitir a los demás la misericordia de Dios que Jesús nos muestra, nos demuestra, nos transmite. En el fondo, lo más importante para nosotros es ayudarnos a profundizar y vivir a la luz de la misericordia qué significa lo que dice san Benito del abad: “*Christi enim agere vices in monasterio creditur* – La fe nos dice que hace las veces de Cristo en el monasterio” (RB 2,2). ¿Qué significa esto para nosotros? ¿Cómo debemos tener esta fe (*creditur*: se cree) y vivirla en nuestra comunidad?

Transmitir una ley es fácil. Se puede hacer incluso si la ley permanece encerrada durante dos siglos en los archivos. Pero transmitir una vida, no es una tradición de archivos, sino de lugares de vida, una tradición de comunidad, de vida común que se regenera como se regenera una familia. Y nuestro papel de superiores es fundamental en esta transmisión, y lo es precisamente en cuanto que somos pastores, en cuanto que estamos llamados a ser pastores.

Además esta es la ayuda fundamental que podemos darnos entre nosotros y entre las distintas comunidades. Si olvidamos una ley, basta con hallar el texto que nos la recuerda. Sin embargo, cuando perdemos la transmisión de una vida, cuando perdemos la transmisión de la imagen viva de Cristo, entonces tenemos que buscarla y encontrarla allí donde la transmisión de la vida, la tradición del Evangelio, están todavía vivas y se viven. Una vez se buscaba conservar el fuego de la Vigilia pascual para todo el año en la lámpara del santuario. Cuando la lámpara se apagaba sin haber transmitido la llama a la lámpara sucesiva, se iba a encender la llama en otra iglesia que la conservaba encendida. Así es como deberíamos ayudarnos, ayudarnos los unos a los otros a seguir transmitiendo nuestro carisma, con la humildad de pedirnos ayuda mutuamente, de reconocer que ciertas personas o comunidades tienen una llama más encendida que la nuestra, y que podemos comunicárnosla los unos a los otros para que toda la Orden transmita fielmente la vida de Cristo, la imagen evangélica de Jesús como la ha transmitido san Benito y nuestros santos cistercienses.

La buena formación para un superior, como para cada formador, es, por lo tanto, la que nos permite vivir a nosotros mismos una experiencia. Y si la experiencia es verdadera y profunda, se transmitirá por sí misma con el testimonio de nuestra vida. Como dice Poimén a aquel hermano recién nombrado superior: “lo primero de todo, haz tú tu trabajo; y si quieren vivir, pensarán en sí mismos”. Es decir: si tú experimentas por ti mismo una vida monástica intensa, bella, humilde, fiel, generosa, los hermanos que quieren vivir intensamente, pensarán por sí mismos en seguirte, en mirarte y en vivir como tú.

Es verdad que con frecuencia, quizá hoy más que hace algunos decenios, los jóvenes piden “órdenes”, reglas precisas que les digan con precisión lo que deben hacer o no. Porque los jóvenes de hoy en día no han tenido modelos de vida en los padres, en los profesores, y, quizá, tampoco en los párrocos. Han crecido sin estructuras, sin márgenes, sin modelos claros ante sus ojos. De este modo, son inseguros y piensan que la inquietud de su corazón y el drama de la vida humana se pueden resolver con reglas precisas, con leyes.

Hablar de “modelos” hoy en día también es complicado, porque para los jóvenes de hoy el “modelo” a imitar es siempre alguien que es admirado por todos, que todos sueñan en imitar, que todos envidian, pero solo por la imagen que da, no por lo que vive de verdad. Se es un modelo por lo que se *tiene*, no por lo que se *es*. Se admiran los modelos como los paganos admiran las divinidades del Olimpo: con la conciencia de que en realidad no se será jamás como ellos y que, por lo tanto, nuestra vida no es bella, no es afortunada. Por esto tantos quieren creer en la reencarnación, esperando que la próxima vez nos toque una suerte más feliz.

Hemos de tener en cuenta esta cultura, fundamentalmente hedonista, para entender qué importante es ser verdaderos modelos de vida, de vida real, de felicidad posible, de experiencia de una plenitud posible en Cristo.

Pienso en cómo san Pedro presenta esta exigencia a los ancianos de la Iglesia: “A los ancianos en esa comunidad, yo, anciano como ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que va a manifestarse, os exhorto: Sed pastores del rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, gobernándolo no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con generosidad; no como déspotas sobre la heredad de Dios, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño” (1Pe 5,1-3).

Tampoco Pedro se siente pastor por las cualidades que tiene, sino por haber contemplado el sufrimiento de Cristo, por haber visto cómo Jesús es buen Pastor que da la vida. Por esto, los ancianos de las comunidades no deben vivir su tarea como un peso, un deber, como si ellos hubieran recibido unas órdenes a seguir, reglas a aplicar. ¡No! Somos “ancianos”, somos pastores, porque Jesucristo se ha manifestado así, se ha mostrado como la imagen perfecta de la misericordia del Padre, como el buen y hermoso Pastor que da la vida. Jesús es un modelo fascinante, que atrae, pero que no es un sueño inalcanzable. Cristo nos muestra en sí mismo la vida que podemos vivir, la experiencia que podemos hacer, con su gracia. Mirando al Buen Pastor es como podemos ser pastores “de buena gana”, no por deber. Pastores agradecidos de serlo, agradecidos de poder dar así la vida, como Cristo, gratuitamente, en una caridad que no busca su propio interés. Y, al final, san Pedro contrapone el ser “modelos del rebaño” con el ser “déspotas sobre la heredad de Dios”. Justamente: el déspota “da órdenes”, como hemos visto en el apotegma. El buen pastor, por el contrario, es modelo. No da órdenes sino que vive una vida, una misericordia, un don de sí, que son modelos de vida que se transmiten a los hermanos y hermanas, y que, por lo tanto, les cambian en profundidad y les hacen vivir. El jefe con sus órdenes “hace hacer”. El buen pastor, con su ejemplo, “hace vivir”, es decir, engendra a los demás para una vida en plenitud.

Es precisamente en el ejercicio de la autoridad como somos o no somos modelos. ¿Por qué? Precisamente porque el modelo por excelencia de vida cristiana es el Cristo buen Pastor que da la vida por las ovejas. Su opuesto es el mercenario, “a quien no le importan las ovejas” (Jn 10,13), sino que piensa solo en la paga que recibe haciendo de guardia de las ovejas. El buen Pastor no da órdenes a las ovejas, sino que las guía, las llama, las conduce, las alimenta, las lleva a los buenos pastos, a las fuentes de agua viva...

La figura del buen Pastor es la imagen en la que Jesús se expresó a sí mismo, en la que Jesús se dio como imagen viva a imitar. Pero el buen Pastor no es solamente una imagen: es una presencia, una experiencia, una relación de Cristo con nosotros y de nosotros con Cristo. Jesús no se revela como buen Pastor solo para enseñarnos a gobernar, sino sobre todo para que, a nosotros, como pastores, en primer lugar, nos dejemos amar por Él, guiar por Él, cuidar por Él. Jesús no es solo el modelo del buen

Pastor a imitar, sino el buen Pastor que nos apacienta. Es decir, nosotros somos ovejas lo primero de todo, somos corderos, o, quizá, cabras, y solo dejándonos apacentar por Cristo podemos convertirnos en pastores como Él.

Esto quiere decir que nuestro ser pastores no debe impedirnos vivir la amistad con Cristo, como les pasa a veces a tantos superiores que se agotan espiritualmente ejercitando su ministerio. Porque nuestro ministerio se nos da como una oportunidad para unirnos más al modelo del Buen Pastor por excelencia.

### **Mística pastoral**

Me viene a la cabeza otro apotegma, siempre de Poimén. “Si Moisés no hubiese conducido los rebaños a Mandra, no habría visto a Aquél que estaba en la zarza” (Poimén 195 [Guy 186]).

El ministerio pastoral no es solo una función, no es solamente un servicio. Éste nos permite tener una relación privilegiada con el Señor, para poder transmitir a nuestros hermanos y hermanas un amor de predilección por cada uno. Es el misterio del último encuentro entre Jesús resucitado y Pedro a la orilla del lago: “¿Me amas más que éstos? – ¡Apacienta mis ovejas!” (cf. Jn 21,15-17). Si debemos hacer las veces de Cristo, representar a Cristo, no es para sustituir, sino para representar, es decir, hacer visible al Buen Pastor que está siempre presente, que está siempre con nosotros. Cuanto más unidos estemos a Él en el amor, mejor lo representaremos a los hermanos y hermanas.

Pero este apotegma nos sugiere que quien ejerce el ministerio pastoral está llamado a encontrar al Señor incluso a través de él. A menudo los superiores tienen la impresión de que su responsabilidad les separa de una relación profunda con Dios, que les separa de la oración, de la espiritualidad monástica, de una *lectio divina* gratuita, de la tranquilidad de poder estar en silencio ante Dios, sin preocupaciones persistentes. Seguramente también esto es verdad. Pero Poimén parece sugerirnos que es precisamente a través de la solicitud hacia el rebaño, a través de la dedicación al rebaño, que Dios nos da de vivir un encuentro místico con él, en el desierto. Hay una “mística pastoral”, un encuentro y una relación con el misterio de Dios que se nos dan precisamente en el apacentar al rebaño. Hay una “zarza ardiente” que encontramos justamente porque pastoreamos el rebaño, porque buscamos el bien del rebaño, el buen pasto para el rebaño, el agua para el rebaño. Porque la zarza ardiente en la que Dios se manifiesta a Moisés es la primera revelación de Dios como Caridad, como Amor que arde sin consumirse, sin destruir. La zarza ardiente es el símbolo de la mística de la caridad, del Dios-Caridad. Haciendo visible la Caridad de Dios, la zarza ardiente es el símbolo de la Caridad de Dios como Misericordia. En efecto, desde la zarza ardiendo Dios no dice a Moisés que ahora podrá dedicarse a hacer el eremita, sino que tenga compasión del pueblo; y desde la zarza ardiente Dios confía a Moisés un rebaño mucho más grande que el de Jetró: todo el pueblo de Israel para liberar, conducir, pastorear, durante 40 años.

«Dijo Yahveh: “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel (...). Así pues, el clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen. Ahora, pues, ve; yo te envío al Faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto”» (Éx 3,7-10)

La vida pastoral nos ha de conducir allí donde el Señor nos revela su compasión por el pueblo, por nuestra misma comunidad, por cada hermano o hermana, por las personas que visitan nuestro monasterio, o que deberían ser acogidas, como los emigrantes de hoy. Nuestra misma actividad debe conducirnos allí donde Dios nos dice su compasión, y allí donde Dios mismo nos hace sensibles a la miseria de los hermanos: “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto” (Éx 3,7). Y es como si Dios mismo dijese: “¡Mira junto conmigo la miseria del pueblo! ¡Hazte sensible conmigo a la verdadera miseria de los hermanos! ¡Entra en mi compasión, hazte instrumento de ella, encárnala y exprésala con el ministerio que te confío!”.

### **La compasión de Cristo**

Jesús ha hecho lo mismo. También Él ha venido, se ha hecho visible, ha hecho visible la caridad misericordiosa de Dios, su mirada compasiva que ve la miseria del pueblo, de todos, y quiere envolvernos en su misericordia, nosotros, pastores en primer lugar.

Así pues, es interesante señalar que en el capítulo 15 de Lucas, la primera parábola que Jesús nos relata para justificar su acogida a los pecadores, es decir, su misericordia, es la del buen pastor. La parábola del padre misericordioso de Lucas 15,11-32, ciertamente va al corazón del misterio, pero la primera figura de misericordia es la del buen pastor.

Por tanto, meditémosla juntos para discernir los aspectos fundamentales de la misericordia que nos pide nuestra vocación y misión como superiores de comunidad. Cada palabra utilizada por Lucas es significativa y hay que leerla con atención.

«Entonces les dijo esta parábola:

“¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las 99 en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros; y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: “Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido.” Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión”» (Lc 15,3-7)

Démonos cuenta ante todo de que esta parábola es, en el fondo, una pregunta, una pregunta que interpela directamente a los oyentes. “¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las 99 en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra?” (Lc 15,4). Jesús justifica su misericordia planteándonos

una pregunta. Muchas parábolas y muchas enseñanzas de Jesús utilizan este mismo método. A Jesús le gusta responder interrogando, es decir, suscitando una pregunta dentro de nosotros, haciéndonos buscar una respuesta que está ya en nosotros, pero que nosotros no vemos, de la que no somos conscientes, o no queremos serlo. A Jesús no le gusta que le planteemos preguntas sin interrogarnos nosotros mismos, sin una disponibilidad a ponernos en cuestión nosotros mismos. Este es el problema de los escribas y de los fariseos: incluso cuando plantean preguntas, es solamente para poner en cuestión a los demás, para confundir a los otros, para demoler las convenciones de los demás, nunca de ellos mismos. Ellos no están nunca dispuestos a ponerse en cuestión. Sin embargo, Jesús lo hace, tiene la autoridad para ponerlos en cuestión, para plantearles las preguntas que les obliguen a ponerse en cuestión ellos mismos, sus convicciones, sus reacciones, sus juicios sobre los demás. Además, en este caso, ni siquiera los fariseos y los escribas habían planteado una pregunta. Habían “murmurado” de Jesús y expresado una crítica que era una condena sin apelación: “Este acoge a los pecadores y come con ellos” (Lc 15,2).

### *¿Quién de vosotros?*

Jesús les interpela muy directamente: “¿Quién de vosotros...?”. Literalmente: “¿Qué hombre (Τίς ἄνθρωπος) de entre vosotros, teniendo cien ovejas...?”

Jesús no reacciona como ellos. En otras partes del Evangelio será duro al describir la actitud hipócrita de los escribas y de los fariseos. Sin embargo, aquí les ofrece una posibilidad de reflexionar sobre el comportamiento de Jesús reflexionando en su propia experiencia, en la experiencia de su humanidad elemental, en aquello que también ellos viven. Es como si dijese: “¡Pero si también vosotros sois como yo! ¡También en vosotros existe una humanidad y un sentido de bondad como en mí!” Jesús resalta también un lado positivo en los escribas y en los fariseos, y quisiera hacerlo emerger, hacerlo ser más consciente y activo, más importante que sus teorías y sus preceptos.

En cierto sentido, para hacernos comprender cómo es Dios, Jesús nos remite primero al hombre, al corazón del hombre. Nos hace comprender que la misericordia de Dios ha impreso su imagen y semejanza en el corazón humano. En efecto, ¿qué ser humano no iría a buscar una de sus cien ovejas si se ha perdido? Es como cuando Jesús dice: “¿Quién de vosotros, si su hijo le pide un pan le dará una piedra?” (Mt 7,9).

Es importante comprender que el Evangelio, y especialmente el Evangelio de la misericordia de Dios, nos remite a un conocimiento más profundo de nosotros mismos, a una conciencia más lúcida de nuestra humanidad. Revelándonos al Dios de la misericordia, Cristo revela el hombre al hombre, nos hace conscientes de nuestra humanidad como imagen de Dios.

Esto es muy importante incluso cuando pensamos en la formación que debemos asegurar y favorecer para nuestra comunidad, la enseñanza que un superior o una superiora deben ofrecer a sus hermanos o hermanas. No se trata tanto de llenar recipientes vacíos, sino de fertilizar y regar las plantas en las que Dios ha puesto su imagen, su Palabra creadora, su Espíritu.

### ***...si tiene cien ovejas y pierde una...***

Dios ha puesto en nosotros la imagen de su amor que es siempre un amor personal. Incluso si uno tiene cien ovejas, cada una de ellas es importante. Si pierde una, el pastor no se consuela diciendo: “Es solamente una de las cien, pierdo solo una centésima de mis bienes, no es grave”. Quien razona así, no respeta la imagen de la misericordia de Dios que está impresa en él, no respeta la propia humanidad.

Y, en el fondo, tampoco respeta a las 99 ovejas que quedan, porque esto quiere decir que cada una de estas no tiene más que una centésima parte del amor del pastor, que ninguna es única para él, como un todo.

Por esto, cuando el pastor “deja las noventa y nueve en el desierto” para ir en busca de la única perdida, este “abandono” es en el fondo una oportunidad para todas las ovejas, para todo el rebaño. Todas aprenden de este modo la cualidad del amor del pastor y, por lo tanto, cómo las ama el pastor a cada una de ellas. Ven que si se hubiesen perdido alguna de ellas, el pastor habría también dejado a las demás por ellas.

Por esto, cuando san Benito pide en la Regla ocuparse sobre todo de los hermanos y hermanas más débiles y frágiles, de los hermanos o hermanas “enfermos” o, quizá, “rebeldes”, de los “*fratres delicati*” de los que se habló tanto en el Capítulo General, no es para descuidar a las demás, sino con la conciencia de que es así como un superior se ocupa de verdad de todos. El cuidado del más débil, del más difícil, cuida de todos, hace bien a todos, hace crecer a todos.

Por esto, san Benito llama más veces al abad a no privilegiar a los mejores descuidando a los frágiles, porque esto se convierte en una tiranía sobre aquellos que van bien, es decir, no es un modo de amarlos de verdad: “No se olvide de que aceptó la misión de cuidar espíritus enfermizos, no la de dominar tiránicamente a las almas sanas. Y tema aquella amenaza del profeta en la que dice Dios: ‘Tomabais para vosotros lo que os parecía pingüe y lo flaco lo desechabais’” (RB 27,6-7; Ez 34,3-4).

El ejercicio de la misericordia tiene siempre una apariencia de injusticia, porque es un amor que privilegia a quien no lo merece. Dios ama más no tanto a quien lo merece, sino a quien lo necesita más, a quien es menos amado y menos amable. Aquí radica todo el problema de los fariseos con Jesús. Lo invitaban también ellos a comer, pero Él parecía encontrarse más a gusto con los publicanos y los pecadores que con ellos. Eran ellos los más inteligentes, los más instruidos en las Escrituras, los más piadosos y observantes. Pero Jesús prefería hablar con los publicanos, estar con ellos, rezar con ellos. Sentían esto como una injusticia. Se sentían abandonados en el desierto, castigados por haber sido fieles, por no haberse perdido como los demás. Veían que quien había actuado peor era amado mejor que ellos, que quien se había perdido era buscado con más pasión que ellos.

No debemos descuidar o minusvalorar los sentimientos de las 99 ovejas fieles, porque Dios no nos llama a amarlas menos que a la perdida. Es importante que aprendamos de la misericordia de Dios a amar a la oveja perdida de un modo tal que también las 99 crezcan en la conciencia de ser amadas así, que Dios nos ama a todos así.

### *...deja las noventa y nueve en el desierto...*

Las 99 ovejas son dejadas "en el desierto – ἐν τῇ ἐρήμῳ" (Lc 15,4). Me impresiona este detalle. Evidentemente, los pastos de Palestina son las regiones desérticas, fuera de las habitadas, en el desierto de Judá. Pero pienso que esta expresión, de por sí no necesaria, es mencionada aquí porque tiene un sentido también existencial, espiritual. Hay un "desierto", una soledad, que debemos saber asumir si queremos crecer en la conciencia y en la experiencia de la misericordia de Dios. Es una experiencia necesaria para nuestra madurez espiritual, y para el crecimiento espiritual y humano de nuestras comunidades. Para participar de la misericordia de Dios, para permitir a Dios ser misericordioso hacia el mundo entero, se nos pide aceptar una forma de abandono, misteriosa, pero preciosa. Pienso, por ejemplo, en la soledad y abandono interior que experimentó la Madre Teresa de Calcuta durante casi toda su vida. Y esto para ser instrumento privilegiado de la caridad misericordiosa de Dios, de la misericordia de Dios que va a buscar a los más míseros entre los míseros, allí donde ninguno iba, y va a buscarlos.

Pero ¿qué experiencia tienen las 99 ovejas fieles en el desierto? Están solas porque el pastor se ha ido a buscar a la oveja perdida. Pero ¿dónde se ha ido el pastor a buscar a la oveja perdida? Se ha ido al desierto, se ha adentrado en el desierto y, por lo tanto, en la soledad. El pastor está verdaderamente solo en su búsqueda de la oveja. Ellas están juntas, son 99. Sin embargo, el pastor está solo en el desierto donde espera encontrar a la oveja perdida. Entonces, a las 99 ovejas se les pide y da el participar un poco de la soledad del pastor y, por lo tanto, del precio de la misericordia del pastor, de lo que cuesta la misericordia al corazón del pastor, al corazón de Dios. No se es maduro, no se es verdaderamente fiel, si no se acepta entrar en una compasión con el corazón del pastor, en un "padecer con" el corazón misericordioso del pastor. Cuando el padre de la parábola del hijo pródigo sale a buscar al hijo mayor, le pide participar de su alegría por el regreso del hermano, pero en realidad lo que le pide y concede es el participar en su misericordia y, por lo tanto, hacer suyo el corazón del padre, sentir también él el sufrimiento por haber perdido al hermano. Si el hermano mayor no acepta compartir el dolor del padre por la pérdida y "muerte" del hermano, si no com-padece con el padre, no puede entrar en su alegría por la salvación del hermano, y tampoco en su propia alegría, la de haber compartido siempre todo con el padre (cf. Lc 15,31).

Una comunidad que no crece en esto, no es una comunidad, no es fraterna, no es una comunidad reunida en el amor de Cristo. Debemos preguntarnos si de verdad educamos nuestras comunidades para compartir con nosotros las miserias de los hermanos o hermanas más frágiles, física, moral y espiritualmente.

La vocación monástica busca el desierto, de un modo u otro; pero si el desierto que buscamos no tiene esta dimensión de compasión con el corazón del buen Pastor, que va en búsqueda de las ovejas perdidas, no es un desierto cristiano, es un desierto estéril.

*...va en busca de la oveja perdida, hasta que la encuentra...*

Por tanto, el buen pastor deja las 99 ovejas en el desierto y “va a buscar la perdida, hasta que la encuentra” (Lc 15,4).

*Buscar a quien está perdido:* es la gran obra de misericordia, porque es la gran obra de Cristo, la gran misión del Hijo de Dios, la obra de Salvación que Cristo ha hecho propia hasta la muerte en Cruz. Es suficiente pensar en la conclusión del episodio del encuentro de Jesús con Zaqueo el publicano: “El Hijo de hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10).

La Iglesia existe para esta misión, para encarnar esta misión de misericordia, y el Papa Francisco no pierde ocasión “a tiempo y a destiempo” (2 Tm 4,2), diría san Pablo, para recordárnoslo.

¿Qué quiere decir para nosotros “buscar a quien está perdido?” Con frecuencia nos sentimos más identificados con el padre de la tercera parábola de Lucas 15, en el sentido de que preferimos esperar a que los hijos perdidos vuelvan a casa solos, y nos sentimos misericordiosos porque los acogemos. Pero Jesús nos pide también salir a buscarlos. Y sabemos bien que muchas ovejas perdidas lo están en el monasterio. Físicamente no están lejos, pero interiormente, con el corazón, o con la mente, o moralmente, han “partido”, ausentes, lejanos, perdidos. ¿Los buscamos? ¿Y cómo los buscamos?

Esta parábola no entra en detalles a cerca de esta búsqueda. Tan solo dice que es una búsqueda que no cesa: “hasta que la encuentra”. Es importante este detalle. La búsqueda de los hermanos o hermanas perdidos no encuentra la paz hasta encontrarlos. No es una búsqueda que pone condiciones al tiempo. Termina solamente cuando encuentra, encuentra y abraza a la oveja perdida. Sabemos que hay hermanos y hermanas en la comunidad que hay que buscar durante años, quizá durante todo el tiempo de nuestro ministerio como superiores, o incluso hasta el momento de su muerte. Con frecuencia, estas ovejas perdidas las encontramos solo poco antes de su muerte. ¿Vale la pena? ¿Tiene sentido? Sí, porque esta búsqueda, todo este vagar en el desierto buscando el encuentro con ellos, su salvación, todo este tiempo es tiempo de misericordia de Dios, es tiempo en el que actúa la misericordia del buen Pastor, y no solamente sobre ellos, sino sobre nosotros mismos y sobre la comunidad y, quizá sobre toda la Iglesia y el mundo. Todo es tiempo, todo son energías, para preparar la alegría del Reino, la suya y la nuestra, la alegría de toda la comunidad, la alegría que será plena y total solo “en el Cielo” (Lc 15,7), “junto a los ángeles de Dios” (Lc 15,10).

Verdaderamente es importante que tengamos esta conciencia: que la vida empleada en buscar a la oveja perdida es para nosotros una plenitud de vida, porque es así como nuestro ministerio se une al misterio de Cristo, al misterio de la misericordia de Dios en Cristo. Cuando pensamos que nuestra tarea es fecunda solo si todo va bien, si tenemos éxito, si no hay ovejas perdidas que buscar, quiere decir que no vivimos nuestra misión “haciendo las veces de Cristo” (RB 2,2), teniéndole solo a Él como modelo y programa

de vida. Y nos sentimos frustrados porque, lo queramos o no, ovejas perdidas para buscar las tendremos siempre. Nos las manda el Señor. A veces estamos tentados de deshacernos de ellas, de “llevarlas al matadero” más que a casa. También esto sucede. Pero jamás es un signo de fecundidad cristiana para una comunidad. Porque, en el fondo, la parábola nos hace comprender que las ovejas perdidas que buscamos y llevamos a casa son el secreto de la alegría más grande.

***...cuando la encontró, lleno de alegría, la cargó sobre sus hombros...***

Hay dos momentos de alegría en este evangelio. El primero cuando el pastor encuentra a la oveja. Después se dará una alegría compartida, la fiesta con todos.

Esta es la alegría cristiana: una alegría del corazón y una alegría compartida. Como la alegría de la Virgen María: “¡Alégrate! - Χαῖρε!” (Lc 1,28), le dice el ángel en la Anunciación, y rápidamente María va a compartirla con Isabel. En la parábola del buen pastor, vuelve a aparecer el mismo término: χαίρων (Lc 15,5), Συγχαρήτέ (15,6).

Alegría recibida y alegría dada. Alegría de Dios, porque es la alegría del Cielo: “Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta” (Lc 15,7). Es la misma dinámica de la alegría del pastor: un pecador que se convierte da alegría a Dios, y Dios la comunica a todo el Cielo, a sus “amigos y vecinos”, que son los ángeles (cf. Lc 15,10).

Pero fijémonos que aquí quien primero comparte la alegría del pastor es la oveja hallada. El pastor no la regaña, no la castiga, no le echa un discurso. Su alegría es demasiado grande para esto. ¿Y qué se hace cuando se encuentra a una persona amada? Se la abraza. El pastor no pone las esposas a la oveja como a un ladrón atrapado, no le pone una cuerda al cuello para que no se escape de nuevo. La coloca sobre sus hombros. La abraza, la eleva y la carga sobre sí. San Benito debe haber meditado mucho y con gusto en esta imagen, porque en el capítulo 27 de la Regla nos la propone diciendo que Jesús coloca la oveja “sobre sus sagrados hombros – *in sacris humeris suis*” (RB 27,9).

“Lleno de alegría la coloca sobre sus hombros”. El hacerse cargo de la oveja tiene toda la energía de la alegría de haberla encontrado. La alegría da energía al amor, a la paciencia, a la misericordia. Démonos cuenta que el encuentro de la oveja no significa reposo para el pastor, ¡todo lo contrario! Yo no he cargado nunca sobre mis hombros una oveja, pero me he informado y sé que una oveja adulta puede pesar ¡entre 45 y 100 Kg! Es decir, pesa como una persona. Nuestro pastor vuelve a hacer todos los kilómetros recorridos solo para buscarla con el peso de la oveja sobre los hombros. En este Curso tendremos una meditación sobre la paciencia, pero podemos ya considerar que la misericordia comporta un “llevar” al otro, al otro exhausto, herido, atemorizado. No importa si es por culpa suya el que se encuentre así. La misericordia asume sobre sí las consecuencias de la pérdida del hermano, de la hermana. Pero con alegría, con una fuerza de amor que es la fuerza necesaria, y que Dios nos da, para llevar a casa al hermano perdido.

Cargar sobre los hombros es un gesto más paterno que materno. No se trata de “calmar” al hermano o hermana, sino de ofrecer nuestra persona como sostenimiento de la miseria y fragilidad del otro para hacer un camino juntos. El buen pastor no lleva la oveja para mimarla, sino para hacer un camino, para permitirle volver a casa, al rebaño, a la comunidad, a pesar de la culpa y la miseria que la alejó.

**...va a casa, llama a los amigos y a los vecinos...**

¡Nuestro buen pastor es verdaderamente incansable! Debería estar cansado de haber estado vagando para buscar a la oveja y haberla llevado sobre sus hombros, quién sabe durante cuántos kilómetros. La casa debería ser el lugar de su reposo, para permanecer solo, dormir. Sin embargo, ni siquiera entró en la casa, sino que llama a los amigos y vecinos para comunicar a todos su alegría: “¡Alegraos conmigo!” (Lc 15,6). La alegría de la misericordia, como decía, es siempre compartida, es para todos. Nunca es una alegría privada, porque la alegría privada es una alegría sofocada, deja de ser alegría. Es como poner una luz bajo un celemín, dice Jesús (cf. Mt 5,15).

La alegría que llama, que convoca a los demás, es el “Evangelio” en el sentido literal del término: es “buena noticia”, feliz anuncio. ¡La oveja está salvada! Es la alegría de Cristo crucificado y resucitado: ¡toda la humanidad está salvada! Y este Evangelio es el que se nos pide compartir con quien nos es cercano, cercano en el conocimiento y en el afecto, es decir, los amigos, o cercano sencillamente porque vive o se encuentra cercano a nosotros. Cada relación humana, personal, se nos da para compartir la alegría de la misericordia que salva. Y la “casa”, que para nosotros es el monasterio, como para los demás la familia, u otros ambientes cotidianos de la vida, se nos ha dado para esto; la comunidad se nos da para esto.

La misericordia del buen pastor es, por lo tanto, evangelización, hace coincidir la evangelización con nuestra persona; hace coincidir la evangelización del mundo con la historia de nuestra comunidad, con la solicitud diaria por nuestros hermanos o hermanas. Ser pastores es la evangelización siempre nueva que se nos pide por Cristo, en Cristo, para colaborar con Él en la redención del mundo.